

PERIÓDICO LITERARIO
ILUSTRADO

Se publica los jueves.

ADMINISTRACIÓN:
VERTALLANS, 3, PRAL.



LA SEMANA CÓMICA.

Escalera

ACTORES CATALANES, por Escalera.



JAIME CAPDEVILA

Si como gloria ha ganado,
ganado hubiera el dinero,
no habria ningún banquero
que se le pusiera al lado.



LA SEMANA

Amaro, el famoso loco sevillano, cuyos sermones coleccionó la *Sociedad de Bibliófilos Andaluces*, terminaba así una de sus incoherentes oraciones sagradas:

Memento homo, quia pulvis es y con pólvora reverteris.

De no existir esta frase, hubiera habido que inventarla—como dijo Voltaire de la divinidad—para que sirviera de lema a la Cuaresma presente, en vez de la frase evangélica y rigurosamente latina.

En efecto; no parece sino que al ponernos la ceniza en la frente nos endilgaron la frase antedicha, y cualquiera pensará que los anarquistas y petarderos han tomado a su cargo hacer bueno el dicho de Amaro, haciéndonos reventar con pólvora ó con dinamita, que es igual para el caso.

Petardos en Bruselas, en París, en Valencia, en Barcelona..... y siguen las firmas.

La igualdad ante el petardo domina en todas las naciones de Europa.

El anarquismo las mide á todas con el mismo rasero y les aplica la misma mecha.

Por eso al idioma universal ó *Volapuck* ha sustituido la lengua universal del petardo, que no es el *Volapuck*, sino el *Vuela*, pues.

La pirotecnia anarquista preocupa lo mismo á los hombres de Estado que al modesto transeunte, temeroso de que algún día le estalle un petardo bajo los pies y lo deje muerto y enterrado, es decir, en el terrado de enfrente, que voladuras mayores se han visto.

Al perfecto portero fin de siglo no le bastarían cien ojos para mirar á todas horas, como el caso merece, los rincones del portal, los huecos de la cancela y las repisas de las ventanas bajas, sitios, todos ellos, favoritos de los petarderos para poner su huevo anarquista y marcharse con viento fresco.

—¿Qué es esto?—grita asustado el cancerbero, dando con el pie á un objeto redondo, pequeño y oprimido por las ligaduras de un cordel.

—¡Tenga V. más cuidado!—exclama retrocediendo de la escalera un sugeto que acaba de entrar.

—¿Tiene mecha para mucho rato?

—¡Qué mecha ni que calabazas! Eso se me ha caído de esta cesta, en donde traigo unas docenas de sobreasadas para los vecinos del segundo, que son de Palma de Mallorca.

Ahora los petardos se disfrazan para no ser reconocidos por los agentes de la autoridad.

El que estalló hace unos días en Barcelona era un cuerno lleno de dinamita. ¿Quién había de sospechar de él?

Las gentes llegaban, lo miraban lastimosamente y decían pasando de largo:

—¡Bah! Se le habrá caído á cualquier transeunte.

Por fortuna, el derrote no ocasionó desgracias personales.

Mas, ¿quién se libra de que mañana, en su misma casa, le pongan cuernos explosivos?

Poco después del estallido, se acercaba un caballero á uno del orden:

—Guardia, ¿qué ha sido eso?

—¡Un cuerno!

—Gracias por la amabilidad.

—No lo tome V. á mal, caballero: le he dicho á V. la pura verdad. Ha sido un cuerno relleno de dinamita.

—¿Y el autor?

—Pronto le echaremos mano para llevarle al Gobierno civil.

—No se incomoden Vds.; irá él sólo á pedir privilegio de invención.

Mañana no sabemos dónde sonará el cuerno. De todos modos, ya ven las autoridades que no es cosa de sacar á la calle la Guardia civil. Será mucho mejor que salgan los cabestros. Porque si no, antes de que empiece la tempo-

rada taurina de primavera, ya habrá habido cornadas para dar y vender.

A no ser que consigamos asustar á los anarquistas, como asustó á Catilina Cicerón.

¿*Quosque tandem?*

Que traducido al burgués quiere decir:

¿*Asta...* cuándo?

Verdad es también que los petarderos, á quienes sobra astucia é ingenio, (vayamos adulandoles, por si acaso) dirán á estas fechas:

—Ya hemos dado á conocer los petardos en su forma cilíndrica y en su forma cornamental; adoptemos ahora otra envoltura, porque en negocios de anarquía la nueva forma es el todo.

Y nos meterán la dinamita de mil modos, como meten el alcohol los matuteros para que no se enteren los de puertas.

—¿No le parece á V.—decía un burgués de los más asustados—que ya es hora de que tomenos una determinación?

—No sé la hora que es; V. dirá.

—Quiero decir que hemos llegado á un período crítico; una amenaza constante pesa sobre la tranquilidad pública.

—Y sobre el pellejo público también; esto es lo malo.

—Mañana nos ponen un petardo en la puerta de casa, y ¿dónde vamos á parar?

—A quinientos metros, de seguro.

Muchos ciudadanos piensan pedir al Gobierno que vuelva á resucitarse la *Milicia Nacional*.

Otros piden, como los miñones de Vizcaya, los mismos privilegios é inmunidades del benemérito Instituto.

Tricornios no habían de faltar.

Sobre todo si en la cocina anarquista seguía sirviéndose el Plato del día de estos días pasados.

Cuernos rellenos.

LUÍS ROYO VILLANOVA.

ACCIONES DE GUERRA

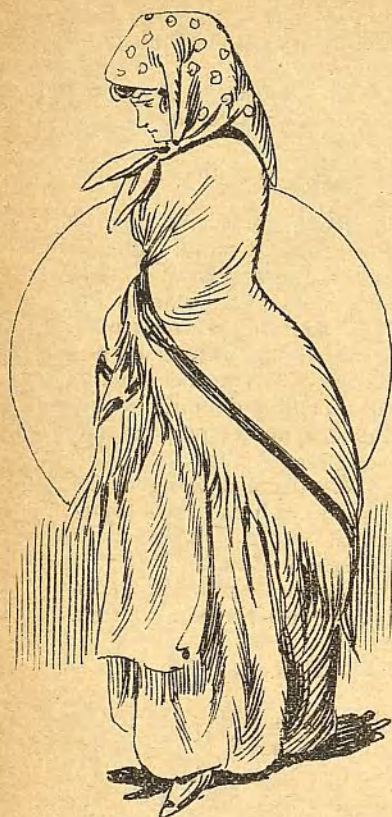
I

—¡Vaya! ¡Vaya! Mi tía nada sabe de amor ni poesía; y en su faz agrietada y en el ceño que desde ayer me pone, he comprendido que adivina los lances de ese sueño casi disparatado que he tenido. Siento causarla enojos; pero, á pesar de mi constante empeño, se asoman las ideas á mis ojos. Y ella, que es algo ducha en estas cosas, con mirarme á hurtadillas, conoce esas quimeras deliciosas que llegan por la noche á pesadillas. Bueno...; que se conforme... O que apele al demonio...

¿Tengo acaso la culpa de que Antonio parezca casi un Dios... con uniforme?... Gallardo, noble y militar... ¡No es nada! Y valiente además, como es valiente el que adora una enseña y una espada y al ruido del cañón alza la frente ¡con esa valentía á la que nada altera, y que llama á la novia en la agonía y da un beso de amor á la banderal

II

—¿Que tenga más cuidado, pues todo militar es un taimado para el que la pasión es un capricho que se trueca por otro en sólo un día?—



—¿Ha oído V. hablar de eso de los astilleros?

—Sí, señora: pero yo creo que deben querer decir los artilleros. Porque dicen que si cumplirán ó no cumplirán. Y los que cumplen cuando les llega el tiempo son los artilleros.

—...Y mejor si, como dicen, dentro de poco no corren más que billetes. Porque en billetes me pagarán. Y como el más pequeño es de cinco duros...



—¿Me haría V. el favor de decirme dónde cambian pesetas por francos?

—Sí, señor; en cualquier casa de cambio.

—Y unos cuantos francos para cambiar por pesetas, ¿sabe V. dónde los encontraría?



—...Porque Cánovas quiere reformar el gabinete. Y el gabinete que me ha dado á mí la patrona es sucio y oscuro. Voy á ver si mi patrona quiere seguir las huellas de Cánovas.

LA SEMANA CÓMICA
PETARDOS, por Pons.

Otro, horrible también:
el del que llega tarde y pierde el tren.

Un petardo pesado.
para huírle hay que andarse con cuidado.

El que es un colmo de oprobios:
el de la noche de novios.

—¡Yo te adoro!—¡Oh, caballero!..
—¡Cielo santo! ¡Mi porterol!

—¡De niquell ¡y está parado!
(Petardo bien empleado.)

¡Vaya! ¡Vaya... Lo dicho...
 ¡Es más tonta mi tía!...
 ¿Que raya mi conducta en devaneo,
 y que en el otro mundo
 hay un pozo de fuego, el más profundo,
 donde mete el demonio el mal deseo?
 Es muy dura la pena, si hay tal pena,
 pero no necesito
 que me enseñe á ser buena,
 pues cuando quiero yo... ¡ni el pan bendito!

III

—¡Qué vergüenza!... ¡Dios santo, qué vergüenza!
 ¡Con qué gesto de furia me ha enseñado
 un trozo de galón que se ha encontrado,
 al tiempo de peinar, entre mi trenzal
 Galón que él ha ganado
 á fuerza de valor y de osadía...
 ¡Mas lo que es mi campaña con la tía,
 merece un entorchado!

LUIS DE ANSORENA

A MAR...ÍA

Si *Mar* en vez de *Maria*
 te llamo, no es como ofensa:
 es que entre la mar y tú
 hallo poca diferencia.

Que es muy *salada* la mar
 no hay nadie que no lo sepa;
 quienes te tratan afirman
 que eres más *salada* que ella.

Hay en tus labios *corales*
 y hay en tu boquita *perlas*,
 roca dura en tus entrañas,
 cierto engaño en tu clemencia.

Riquezas la mar se traga
 y en esto atrás tú la dejas,
 que eres lo menos dos mares
 en lo de tragar riquezas.

Flujos tiene el mar, y en esto
 le haces también competencia,
 que, cuando no otros, tú tienes
 grandes flujos de coqueta.

Risase la mar á veces
 y tú *te rizas* más que ella;
 si alguien lo duda y me tacha,
 mire tu airosa cabeza.

Ya ves que el decirte *Mar*...
 no es, *Maria*, hacerte ofensa;
 es que entre la mar y tú
 hay muy poca diferencia;

que aunque para *mar* le sobran
 á tu nombre un par de letras,
 como la mar tragas mucho,
 eres variable como ella,
 ¡como la mar tienes *tierras conchas*
 y como la mar, mareas!

JOSÉ MARIA CODOLOSA

VENUS

I

«¡Qué cuerpo tan hermosol»
 murmuraba el pintor, que palpitante,
 seguía, reposado y cauteloso,
 á un ángel delicado y candoroso
 nunca manchado por el beso amante.
 «¡Fenezco en la demanda, ó será mía!
 Es dulce como el sueño de un poeta;
 ella es la inspiración, la poesía;
 su amor inflamará mi fantasía,
 llenando de destellos mi paleta.»
 Y asedió á la doncella sin cansarse;
 buscó las ocasiones,
 y consiguiendo al cabo declararse,
 colmó sus más risueñas ilusiones.
 ¡Enriqueta le amaba!
 ¡Se lo juró cien veces!
 ¡Delirante en sus brazos le estrechaba
 y sus besos de amor pagó con creces!

II

Cuando, apurado el celestial anhelo
 del humano placer, pensó el artista
 en trasladar al lienzo su modelo,
 la colocó desnuda ante su vista
 y empezó su trabajo con desvelo.
 La aisló del mundo, ayaró de mirarla.
 Desfiguró á capricho la cabeza
 y se puso las formas á copiarla
 embebido en su mágica belleza.

¡Sublime inspiración! ¡Obra gigante
 fué la imagen de Venus retratada
 por el artista, que copió anhelante
 las gracias más ocultas de su amante
 con la pasión de un alma enamorada!
 Por genio le aclamaron;
 ciñéronle la frente de laureles;
 las trompas de la Fama le cantaron
 y á su són, franquearon
 del templo de la gloria los dinteles.

III

Expuesto el cuadro, al declinar un día,
 se detuvo curioso
 para oír lo que el público decía
 en loor de su génio portentoso.
 Oyó á un jóven soltar la carcajada,
 decir:—«Es Enriqueta...»
 Clavó en él el artista la mirada
 é interrogóle con el alma inquieta,
 sintiendo el aguijón de los enojos
 punzar su pecho y anublar sus ojos.
 —¿Conoce usted á esa jóven?—¡Friolera!
 la cara es otra pero el cuerpo el mismo.
 Retrocedió el pintor cual si se abriera
 á sus pies la garganta del abismo.
 —¡Mientes!—¿Que miento yo? Pues bueno fuera.
 —¿En qué lo ha conocido, el insolente?
 Y el otro respondió tranquilamente:
 —¡En el doble lunar de la cadera!

JOSÉ M.^a DE LA TORRE

NARRACIONES DIMINUTAS

EL TOMO CUARTO

Nos cruzamos con ella al salir del café; estaba anocheciendo y los gasistas comenzaban á encender los faroles; al resplandor de un mechero, que la iluminó bruscamente al pasar, pudimos distinguir con fidelidad su figura. Juan, el poeta, todo idealidad y romanticismo, la sintetizó enseguida: Es una aparición. Jorge, el filósofo, todo materia y análisis, la resumió en una frase: ¡Qué lástima de capullo!.... No llegará á rosa sin marchitarse.... Los tres, por instintivo impulso, nos detuvimos para contemplarla despacio....

Era una linda criaturita suave y sensible, con algo de celeste en la persona; allá se andaría en los doce años; unos doce años tristes y consumidos, en los que se adivinaba el esfuerzo titánico de la naturaleza por abrirse y romper sus botones tiernos. El abandono, la intemperie, las malas noches, la falta de esa mano maternal, única que sabe conservar lo que de ángel tiene la mujer, se advertía enseguida en la jovencita; iba á ser una guapa muchacha, pero la miseria se cruzaba en su camino decidida á que no floreciese su belleza. Sin embargo, la impetuosidad de la adolescencia se imponía y resultaba la jovencita una niña fresquísimá, con el irresistible atractivo de su hermosura cándida y naciente. Vestía con cierto esmero, pero sus galas pecaban de chocantes y chillonas y ofrecían ese conjunto abigarrado de los tocados mercenarios dispuestos para llamar la atención; una vieja alta, rígida, perdida en un mantón raído que le caía sobre los hombros como si cubriera á una estatua, acompañaba á la chiquita, andando con cierta fijeza de sonámbula, pero llevando reconcentrada toda su atención en los ojos....

Los tres sentimos lo mismo: una piedad profunda. La concupiscencia cedió su sitio al corazón y en el corazón hubo un latido de lástima para aquella pobre ave presa en las garras del águila.... La silueta suave de la niña, arrancada sin compasión ninguna á las dulzuras inefables de sus albores infantiles, hundida prematuramente en el vicio, destruida ya en ella todo lo casto y celeste de su existencia y encendidos sus deseos impetuosos cuando apenas empezaban á despertar, nos produjo un desaliento supremo.... Cuidado que la cosa no era nueva para ninguno; pero á pesar de ello nos heló el espíritu de espanto.... Lo repugnante deja siempre en el alma un frío parecido al que provoca la vista de un reptil.... No hace falta sufrir el contacto para extremecerse....

Nos quedamos observando, y la niña nos miró; diríase que sus ojos se habían vuelto á nosotros atraídos por nuestra juventud; hubo en aquel choque de pupilas un encuentro de primavera; su adolescencia se sintió solicitada y obedeció sumisa.... Se sonrió, y en su sonrisa, bastardeada por el hábito, privada del resplandor adorable de la inocencia, exenta de la ingenuidad de la virgen que lo ignora todo, brilló algo puro que pugnaba por asomarse; en aquel corazón quedaba un resto de virtud.... Nos sonreímos también y durante un segundo surgió un poco de idilio en el fango....

Un señor grueso, sanguíneo, morado, observaba á la niña desde la cera de enfrente; rayaría aquel caballero en los sesenta años y los llevaba con holgura; despojado de su levita y de su sombrero de copa y coronado de pámpanos, hubiera podido pasar por un Baco arrebatado por las libaciones continuas; sus ojuelos azules, vivos, grandes, muy despiertos, brillaban con un acerado resplandor debajo de unas cejas muy peludas; eran unas pupilas libidinosas, inflamables, concupiscentes, terribles, propiamente de sátiro; su aspecto, su gruesa cadena de oro, su traje negro algo anticuado, revelaban en él un propietario mínimo que se come tranquilamente sus rentas y no se economiza placer ni gusto.

La vieja reparó antes que la jovencita la atención del caballero y pegó á la muchacha un tirón del abrigo; su experiencia afilada en el arroyo la indicaba al anciano; la juventud es un hermoso estorbo.... La niña, obedeciendo á la seña, desvió las miradas de nosotros y las dirigió maquinalmente, con suprema frialdad, hacia el señor de la levita.... Despertaba de un sueño.... La estatua del mantón empujó implacable á la criatura por otra calleja, y el caballero bajó de la acera, cruzó y se fué por el mismo camino perdiéndose unos y otros en la sombra....

Los tres nos quedamos inmóviles ante aquel hecho vulgar surgido en el acaso y que todos conocíamos de sobra. Juan, el poeta, rompió el primero el silencio, exclamando con honda amargura: —¡Cuando las alas se llenan de lodo, no pueden volver á volar! Y Jorge, el filósofo, sonriéndose con una sonrisa de suprema indiferencia, en la que se traslucía sin embargo una piedad infinita, dijo con un acento que cortaba:

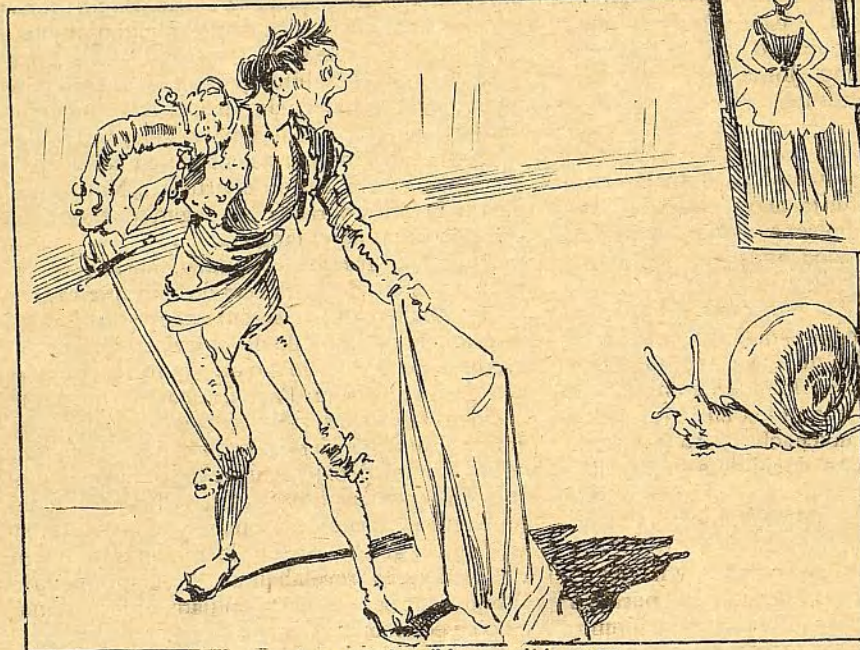
—*La Bestia humana* de Zola... ¡Tomo cuartol..

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

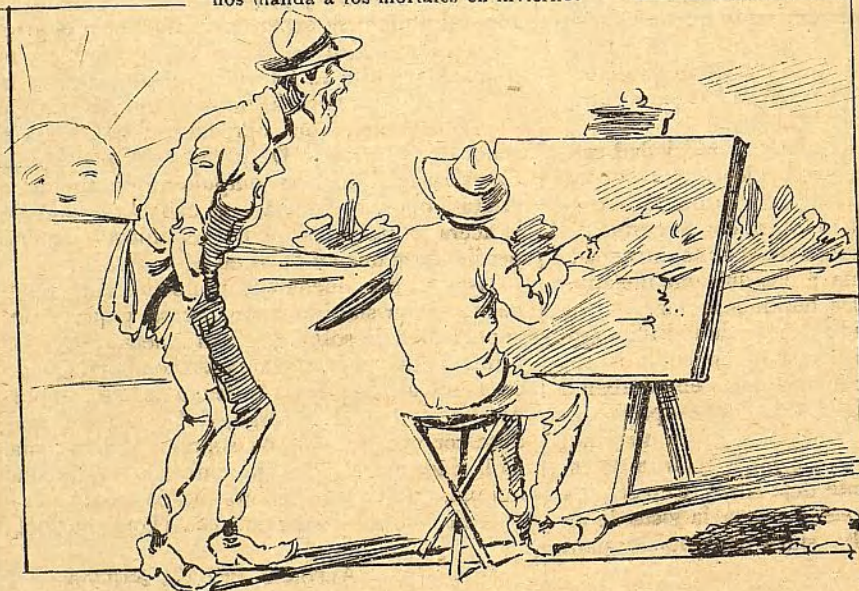
LA SEMANA COMICA
EL FRIO, por Cilla.



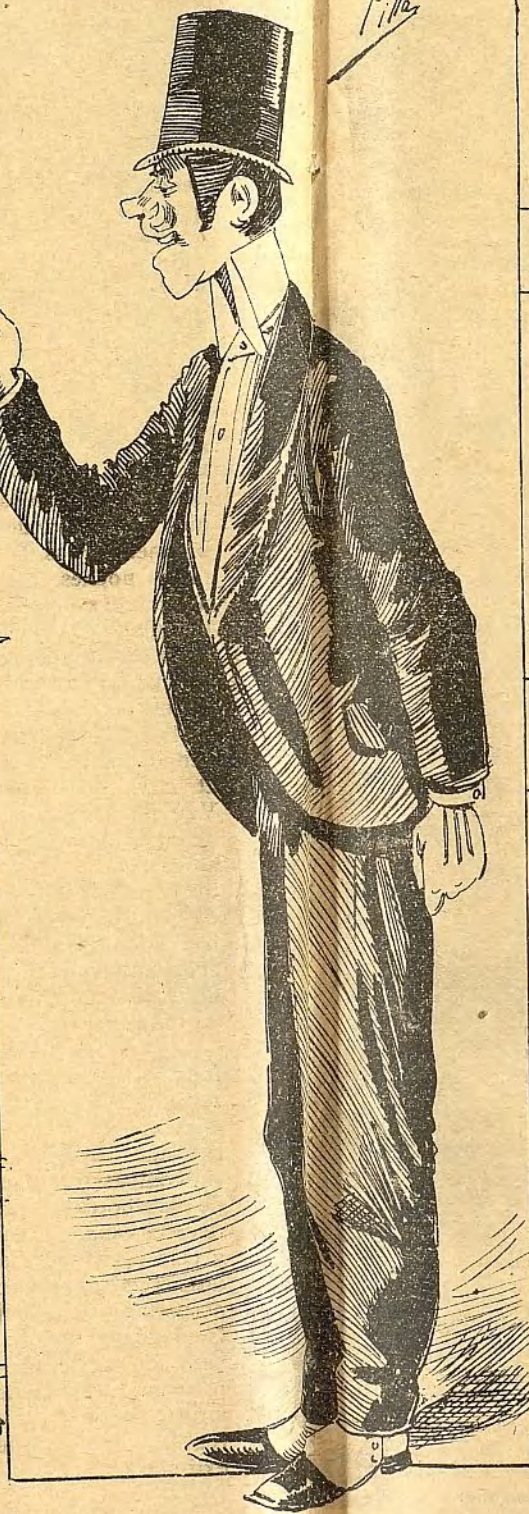
A la sombra. — ¡Brrrrr!...



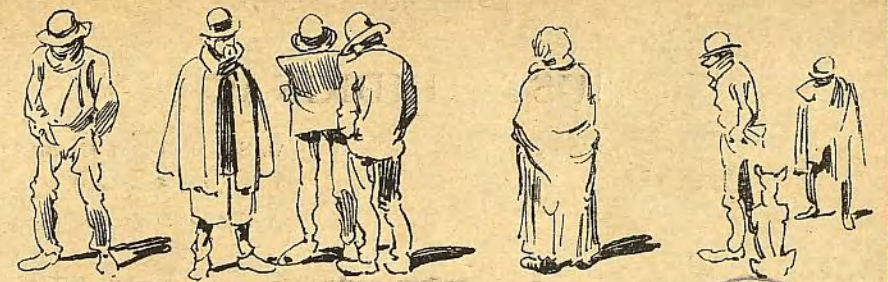
La plaga más horrible que el Anverno nos manda á los mortales en invierno.



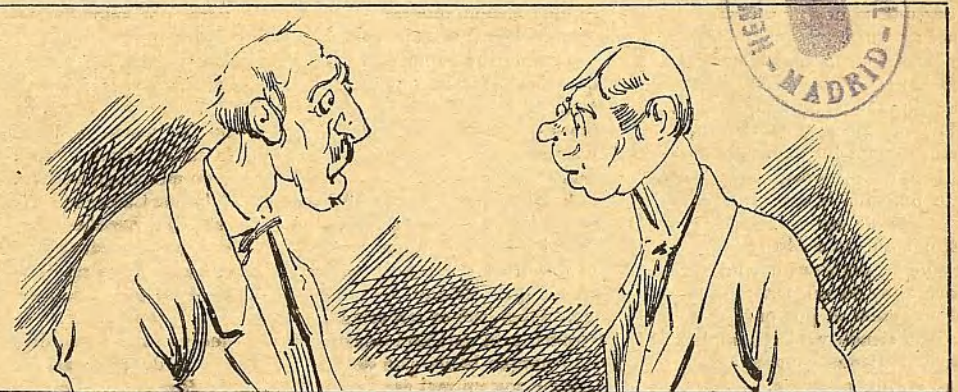
— ¡Qué hermoso efecto el de este sol, hombre!
— El del cuadro, eh?
— No, señor, no: el de este solecito que me está dando ahora por la espalda.



...porque está frío da horror,
y porque, desps de todo,
cada cual tiene modo
para entrar proo en calor.



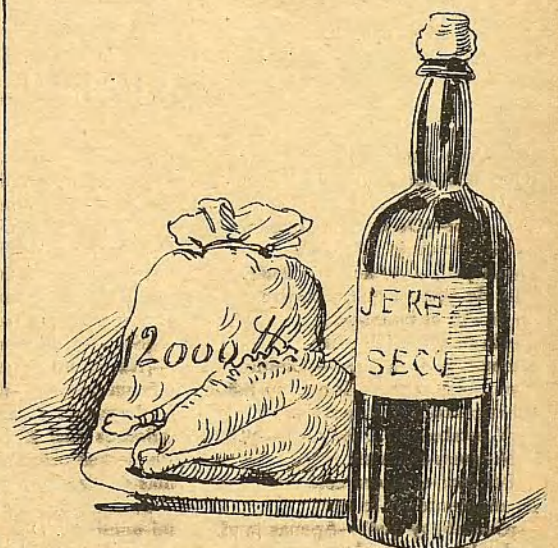
Al sol. — ¡Ajá!



— Pero es que el frío no existe, hombre. Lea V. cualquier tratado de Física y verá que el frío no existe.
— Bueno: no existe; pero fastidia.



— Diga V., sereno: ¿hay brasero en la prevención?
— Sí, señor.
— Pues mire V.: yo soy un conspirador terrible. En nombre de la tranquilidad de la patria, ¡lléveme V. á la prevención, sereno!



Un remedio (ingenioso como uno) y eficaz y seguro contra el frío.

JUSTA INDIGNACIÓN!!!

AL SR. D. ANGEL CAAMAÑO

(El Barquero).

En el Heraldo de Madrid.

Pues, señor... Un revistero de toros, que es conocido (?) por el nombre de *El Barquero*, en *El Heraldo* ha traído á colación mi apellido. ¿Por qué, si no soy torero, me veo entre ellos metido?...

Á ese *Barquero*, además, no le hice daño jamás; ó, á lo menos, no he querido... ¿Por qué, pues, si esto es así, nunca cita á los demás compañeros, y habla sólo de toreros... y de mí?

El por qué yo no lo sé y sólo consigno el hecho, pero estoy en mi derecho al preguntar el por qué.

Aun siendo verdad completa para cristianos y moros que yo no sea poeta, ¿por qué ese señor lo *espeta* en la revista de toros?

El axioma, sí, es tremendo,

y á mí me hace mucho daño (no el que lo diga Caamaño, sino el que yo lo voy viendo).

¡Pöetal... ¡Que he de ser yo! ¡Si, en el libro y en la escena, es muy posible que no lleguen hoy á una docena!

Lo que soy es un copleo que como escribe muy mal gana muy poco dinero (cosa que es muy natural, y noticia con la cual será feliz el *Barquero*)

Y ahora ¿me querrá usted hacer, señor *Barquero*, un favor?... ¿Cuál? Pues el de no leer ni una línea del autor que suscribe

¡con quien usted es tan cruel!... y quien sabe que usted escribe sólo porque habla usted de él)

¿Que soy un mal escritor? ¡Si, señor!

Pero á mí se me figura que usted, señor de Caamaño,

también le hace mucho daño á nuestra literatural

¿Que lo mejor que yo haré será dejar de escribir?

¡Bien, hombre! ¡Lo pensaré!... Pero, por amor de Dios, ¡retirémonos los dos!...

Porque, ¡cuidado que usted!... (Dicho sea aquí *inter nos*)

Y pasemos á otra cosa, que hablamos ya demasiado, la conversación es sosa y yo me pongo pesado.

Señor Caamaño ó *Barquero*; suelo *El Heraldo* leer

y, si os empezáis á hacer conmigo el chirigotero y mi nombre á solfear

¡advertid, que yo tendré que dejar de comprar

El Heraldo de Madrid!... ¡Y me vais á fastidiar!

RICARDO J. CATARINEU

AQUELLA NIÑA!...

—Vaya, soy hombre de estrella... ¡Que niña! ¡Si es una niña!

—¿Habla usted?...—De aquella niña!

—¿Cómo?...—De la niña aquella.

—Pero, canario, ¿de cual?

—¡Ah ya! ¿no se acuerda usted?

Pues de *aquella* que encontré un día en el imperial...

—¿En el Imperial? Iría

á tomar café.—¡Quíal!—¡Diablo!

pues... otra cosa.—Es que yo hablo del imperial... del tramvía.

—¿Y estaba allí?... Es raro.—¡Claro!

—Ninguna chica en él va.

—Por eso; el salero está precisamente en lo raro.

—¡Cuérnol! ¿y qué?...—Apenas la ví, yo haciéndome casi el tonto,

fui á su lado.—Y...—Por de pronto, pagué por ella y por mí.

—Muy bien hecho.—Así se empieza.

—Pero tras el *rasgo* aquel...

—Pues me dispuse á dar el

asalto á la fortaleza...

Sin engaños, sin mentiras...

Miraba yo de tan alto

las cosas, que di el asalto

con mucha *altesa*... de miras

—Lo celebros.—¿Si?...—No es guasa!

—Quise mostrarme decente...

y lo conseguí.—Corriente.

Pero ¿y luego?...—Fui á su casa!

—¡Bravo!—Si señor; jamás

me olvidaré de aquel piso.

Era aquello ¡un paraíso!

—¿Si?...—Con agua de pié y gas...

—¡Ah ya: un entresuelo...!—No:

¡era un quintol!—Eso es distinto.

—Y esclamé al ver que era un quinto:

«¡Somos dos! El piso y yo.»

Puede que usted no lo crea;

mas desde aquel día...—¿Qué?

—Nada: aquella chica fué

mi querida... Dulcinea

¡Siempre á un lado me tenía

mientras cosía y bordaba!

—¿Y usted?...—Pues yo... contemplaba

como bordaba y cosía.

¡Oh! jamás tanta ventura

olvidaré aunque quisiera.

¡Cuánto amor! ¡Cuánta ternura!

—¿Eh?...—Digo ¡cuanta ternura!

Ella, á mi amor siempre fiel,

hacerme dichoso quiso...

y un eden fué el quinto piso

de la calle del Clavel

—¿Eh? del Clavel?...—Si señor.

—¿Qué numero?...—Pues el trece.

—¡Canastos!—¿Qué?...—Me parece

que sé quien es.—No hay temor.

¡No sale nunca!—No importa;

que la conozco sostengo

y ¡ay, amigo! le prevengo

que á la larga ó la corta,

si con ella se encariña,

aun siendo el carifio poco,

esclamará medio loco:

«¡No es la misma aquella niña!»

—¡Que predicción tan fatal!

—Tiene un genio insoportable.

—Y al principio tan amable...

—Pues ya verá usted al final

—Pero á Vd, ¿por qué ocurrencia

le consta tanto detalle?

—Vale más que me lo calle...

Me consta... por experiencia.

—La puede usted equivocar...

—¡Quíal! escuche usted si me engaño:

morena... pelo castaño,

estatura regular.

Tiene en una pantorilla

un lunar... —¡Lo vió ustél! (¡Aprieta!) —¡Oh! la misma, si señor.
 —Igual que media peseta... —Usa medias de color
 —(Es verdad)...en calderilla... y... por fin, se llama Rosa.
 Cintura esbelta y airosa... —¡Con que sabe usted quien es!

—Si tal, por mi mala estrella...
 ¡¡Estoy casado con ella desde el año ochenta y tres!!

J. LAMBERT



CUENTO FANTÁSTICO

EL CORAZON DE LIBÉLULA

—Serénate, Libélula—dije al pobre muchacho poniéndole la mano en la espalda. Lo que acabas de decir es un disparate... ¡Sí, un disparate sin precedente! añadí con mayor energía al ver que Libélula movía negativamente la cabeza.—Bueno, pues pon aquí la mano—me contestó muy serio, llevando mi diestra al lado izquierdo de su pecho. ¿Sientes algo?—No, le contesté; nada siento, pero eso no prueba nada. La circulación es en tí lenta y silenciosa, y el centro de la vida trabaja hondo en tu pecho. Libélula volvió a mover la cabeza de derecha á izquierda. Evidentemente no había manera de convencerle.—Oye—me dijo, fijando en mí sus ojos enérgicamente expresivos:—tan cierto como que yo daría por tí la vida si me la pidieras, es que desde hace ocho días ando por ahí sin corazón. ¿Qué sabes tú de esto si no te ha sucedido jamás? Te digo que lo he perdido hace ocho días, en mitad de la calle, no sé de cual, cerca, cerca de la casa de ella. Por allí ha debido caerse, por allí debe estar.

Cojí mis manos entre las suyas que ardían con la fiebre, y antes de irse me dijo mirándome con expresión de súplica tan honda que me dió frío:—¡Búscamelo, por Dios! ¡yo no puedo vivir así, no quiero vivir así!

Me volvió la espalda y salió hosco y silencioso.

No volví á ver á Libélula en dos días. Había huido del café porque decía que un hombre sin corazón, como él, no gustaba el placer de la conversación, y aunque para curarle le había yo asegurado que todos le echábamos de menos, no pude conseguir que volviera. Le vimos dos noches acercarse al puesto del fosforero y comprar un periódico que leía rápidamente bajo el farol de la esquina de la calle del Arenal, y sólo en la cuarta plana, porque me aseguró muy serio que era materialmente imposible que nadie hubiese encontrado la víscera preciosa que había perdido, en cuyo caso, y si era persona de conciencia, debía anunciarlo un día ú otro. ¿Para qué podía querer nadie el corazón de Libélula teniendo ya uno? No vi jamás idea fija más enérgica incrustada en cerebro alguno. Cuando por vez primera nos refirió el hecho, me aterró el aplomo con que lo contó.—Iba yo á su casa, de noche, nos dijo, cuando ella no puede dis-

tinguirme en la calle, porque ya sabéis que no quiere verme, y de pronto, al abrocharme, porque sentía frío, eché de menos el corazón. Palpé por todas partes, metí los dedos con ira por las costillas... Nada, ya no estaba allí. Volví atrás, registré todo el camino... Tampoco. Llamé á un guardia, le conté lo que me pasaba, y el imbecil me contestó que no podía ser. ¿Con que no podía ser, y yo, que era el interesado, había dejado de sentirle en el pecho? Busqué yo solo... y nada. Me fuí á casa y en el camino vi el cuerpo de un asesinado, en el arroyo, guardado por los serenos y con tremenda expresión de agonia en el rostro. ¡Y le miré y pasé sin sentir nada, como quien ya no tenía corazón! Y pensando en ello á solas, en mi cuarto, maldije de mí mil veces y no me pegué un tiro porque no sentía... ¡La falta del corazón, os digo!

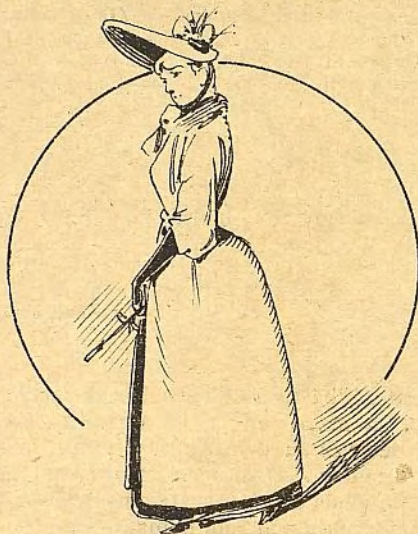
* *

Me puse el frac y fuí á verla; á ver si aquella mujer quería hacer la caridad de curar á Libélula de su terrible manía, aunque fuese engañándole. Yo no tenía duda de que por ella andaba mi pobre amigo tan desequilibrado de facultades, y si ella no había perdido también el corazón, se apiadaría. Iba aquella noche de baile y la encontré en el jardín. Parecía con el abrigo de pieles una emperatriz bajando á dar á su pueblo la limosna de la vista de su persona. Tomó mi brazo y seguimos un rato á pie. Se lo conté todo y al oír la rareza de la manía del pobre Libélula se rió con risa fresca y juvenil que á mí me pareció una puñalada, por tratarse de cosa tan seria; pero no la dije nada, ni retiré el brazo. Llegué á sentir miedo. Llegamos silenciosos hasta la calle, y como dijo que tenía frios los pies, quiso seguir andando un rato. En la esquina de una calle, solitaria como todas las de aquel barrio aristocrático, me detuvo de pronto apretándome el brazo. Me paré en seco y ella se inclinó hacia el suelo, donde distinguí algo que me pareció una piedra. Se irguió en seguida y dijo:—¡Toma, pues era verdad! Es el corazón de Libélula. Lo apartó con el pie, regiamente calzado, llamó al coche, subió, se despidió de mí y me quedé en medio de la calle, clavado por el espanto.

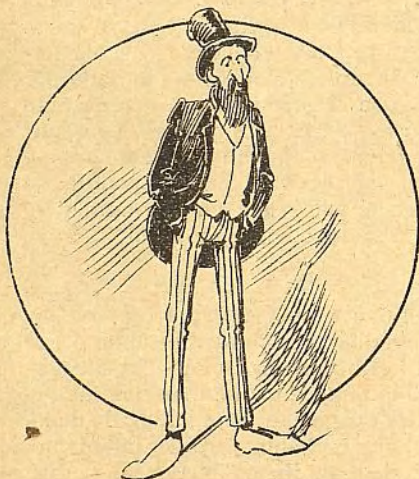
¿QUÉ HARIAN USTEDES CON UN DURO? por Escaler.



Beberme 100 rondas de á cinco céntimos.



Una caja de polvos 3 pesetas, y 2 de una pastilla de olor: total, las 5.



Darle cinco golpes á aquel rey de bastos.



¡Me lo comía!



¡Anda, anda! ¡qué atracón de cacahuets!



No quieran Vds. saberlo.

LA SEMANA COMICA
LA EFICACIA DE LA LEY, por Lago.

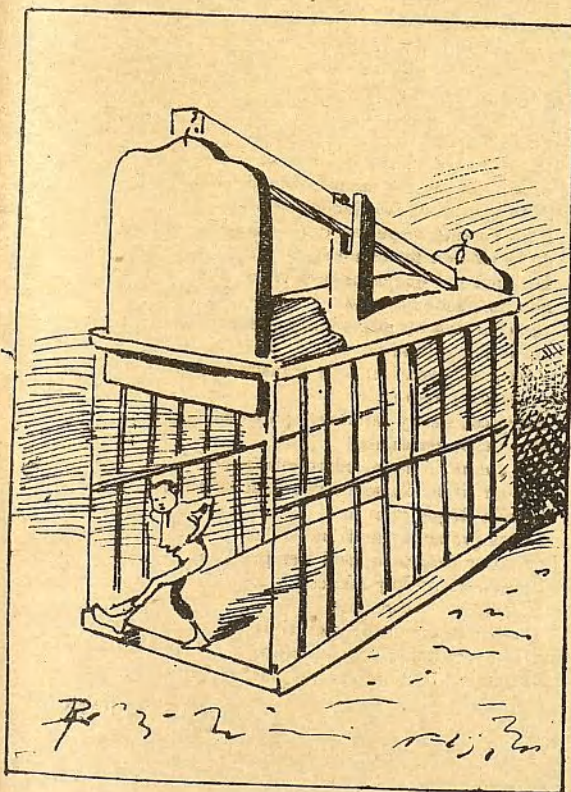
(PASILLO EN CUATRO ACTOS)



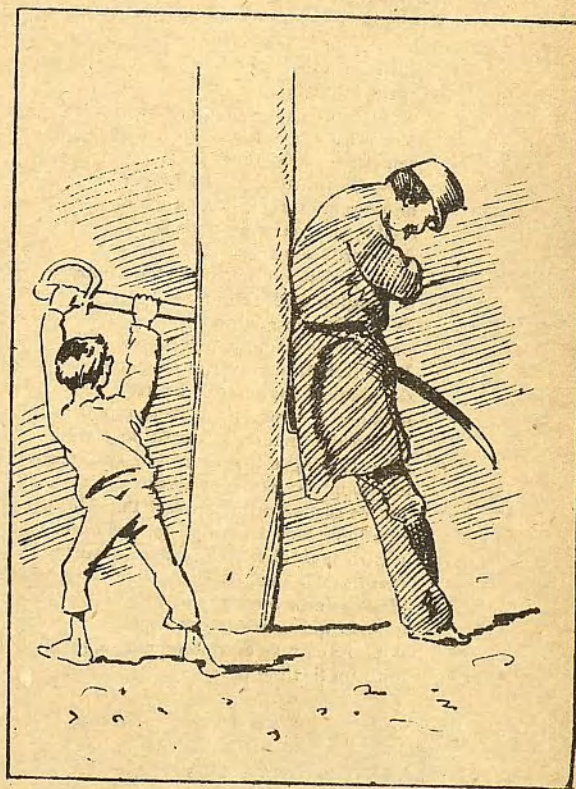
Acto I.—El delito.



Acto II.—El castigo.



Acto III.—La fuga.



Acto IV.—La venganza.

Volví temblando á la acera y recogí el corazón de Libélula, que con el pequeño punta-pié de ella había rodado hasta el arroyo. Noté que según iba andando, el corazón, que llevaba cuidadosamente envuelto en un pañuelo, se esponjaba agradecido al sentir el calor de alguien que le trataba compasivamente y ¡hechos extraños que se producen cuando pasan por nuestra vida real y prosaica girones de fantasía! hasta me pareció que la humedad que el corazón destilaba en el pañuelo eran lágrimas del infelícísimo Libélula.

Entré en el café y llamé aparte á Arteria, el médico de todos nosotros, y juntos nos fuimos al cuarto piso de Libélula. Hacía ya dos horas que estaba dormido y no quiso Arteria despertarle; con ayuda del cloroformo, insensibilizó al hombre sin corazón, y luego, delante de mí, que temblaba de espanto, con maravillosa destreza le abrió el pecho y colocó en su sitio el corazón, como quien coloca una pieza de

relojería, dándole luego movimiento con un golpe del dedo índice...

Pero la locura de Libélula era irremediable. Tuvo su corazón, pero no le dejó el punzante recuerdo de ella—Esto no tiene remedio, nos dijo en el café, días antes de que le lleváramos al manicomio. Le siento aquí, pero enfermo; alguien le hirió antes de que lo encontrarais y me lo devolviérais.

Y todavía cuando vamos á verle á la casa de salud, los días de hermoso sol que templá á oleadas tibias el jardín del manicomio, suele decirnos con melancólica sonsisa y resignado acento:

—¿Oís? Tic-tac tic-tac... lo mismo que antes, pero más despacio, como si le doliese la herida. Y se queda como en doloroso éxtasis, mirando al cielo con sus ojos dulces y serenos, y la mano derecha junto al corazón... ¡Pobre Libélula!

5 de Marzo de 1892.

FEDERICO URRECHA.

COSSI VA IL MONDO

¡Que bien dispuesto está todo en el mundo!...
Ramón es rico por sus patrios lares;
su dichosa familia
entretiene los ocios trimestrales
en la grata tarea
de recortar cupón de amortizable,
y entre tanto Ramón, que ya ha cumplido
veintitres navidades
y estudia la carrera de Derecho,
un poquito torcido, de su padre
recibe para gastos y gabelas
dos duros semanales.
¡Dos duros! Lo que suma cada lunes
el renglón importante
de palillos de enebro
para las dentaduras paternas.
Pero Ramón es joven y no debe,
de ninguna manera, dedicarse
más que á estudiar y á consumir la vida
con lo que menos á Ramón le place.
¿Que la sangre que corre por sus venas
le señala caminos muy distantes
de los que sigue con pesar? Pues, hijo,
que mire bien la sangre lo que hace;
á otro lado el dedito, y que no sea
revoltosa la sangrel
¡Pues estaría bien que se le diese
todo lo que esa loca señalase!
¿Que Ramón se entretiene más á gusto
ante un flexible talle

de una costurerita sandunguera
que con leyes civiles ó penales?
Todo vendrá á su tiempo, Ramoncito;
hoy por hoy es preciso conformarse
y tragar esa cosa que se llama
conveniencias sociales.
Ya sé yo, Ramoncito que ese oro
que se pudre en las arcas de tu padre,
si estuviese en tus manos obtendría
brillo y ostentación incomparables.
Pero no está dispuesto de ese modo
de la vida en los cánones.
El dinero se queda para el viejo
que no puede gastarle
como no sea en misas y responsos,
en botica y jarabes;
y para el joven lleno de entusiasmos
y deseos y afanes,
enérgico, viril y hombre... para ese
¡dos duros semanales!
Así que mi Ramón, como cualquiera
que en situación se encuentre semejante,
cuando llegue la hora
de las gratas tareas trimestrales,
que, por desgracia, casi siempre llega
cuando ya no hay afanes,
mirará con desprecio
el cortado cupón de amortizable,
y como el italiano al pajarillo
exclamará Ramón: ¡Tarde piachel

ANTONIO MONTALBAN



CANTARES (1)

Hablen otros de la mar
que el arroyo es mi placer;
y es que ellos van á mirar,
pero yo voy á beber.

Para tu pelo rubio,
tu linda cara;
que el oro siempre tiene
premio en la plaza.

Es mi cobarde cariño
cual mata de regalíz;
pequeño y oscuro el tallo.
honda y dulce la raíz.

Soldado se vá mi novio,
mi corazón se ha llevado,

que su corazón y el mío
son corazones soldados.

¿Que tu amor es de verdad?
Permíteme que lo dude;
verdad es el Evangelio
y los fieles «se hacen cruces»

El amor de la coqueta
es la luz del farolero
que, siendo tan pequeñita,
enciende tanto mechero.

Vé el telégrafo y verás
que en todas partes se pagan
las palabritas de más.

No pienses en el rayo
cuando hay tronada,
porque, aunque eres *veleta*,
no estás tan alta.
Piensa en el *trueno*
que yo, desde hace días,
en eso pienso.

En el juntarse, hay cariños
lo mismo que las estrellas:
que parece que se se tocan
y están á cincuenta leguas.

Las cuerdas de mi guitarra
de tripa dicen que son
para que yo haga, al rondarte,
de las tripas corazón.

LUIS ROYO VILLANOVA

CHIRIGOTAS

Dice *El Heraldo* de Madrid que hay en las arcas del Banco de España cantidades importantes que pasarán á ser propiedad del Banco, por no reclamarlas los interesados.

¡Los interesados!

Hombre, no; rectifique Vd.

¡Haga Vd. el favor de llamarles los desinteresados!

Al señor don Jesús:
(un cura que ha vivido en Chascomús)
cierto médico sabio demostraba
que como hombre prudente,
convenía que el agua que tomaba
pasara por un filtro previamente.
Es don Jesús muy duro de cabeza;
así es que al higienista no entendía.
—¿De qué sirve—decía—
el filtro?

—Pues el filtro da pureza...

—¿Da pureza?

—Para eso se destina.

—¡Oh, que invento oportuno!

Hoy mismo en la farmacia pido uno
y filtro á mi sobrina!

Sres. D. Vital Aza, D. Miguel Ramos Carrión y don Ruperto Chapí.

Cuando en una ciudad existe un periódico que en diferentes ocasiones ha dado públicas muestras de consideración hacia unos autores, y esos autores van á esa ciudad á estrenar una obra, lo menos que pueden hacer —¡lo menos, Sres. Aza, Ramos y Chapí!—es mandar una butaquita al periódico aludido, el día del estreno.

Yo no asistí al de *El Rey que robó*, porque tuvieron Vds. la atención, cuando repartieron los pases, de no acordarse de que existiera en el mundo LA SEMANA COMICA. Pera soy justo, y porque lo soy y porque he ido diferentes veces, en calidad de simple y pagano espectador, á admirar la obra de Vds., quiere felicitarles por ella. Sea enhorabuena, pues, y así les vaya dando á Vds. dinero y aplausos hasta que yo diga: «¡basta!» ¡Y habrá zarzuela para rato!

(1) Estos cantares, y los de D. L. Ram de Viu que publicamos la semana pasada, forman parte de una colección titulada *Dos guitarras*, que aparecerá en breve.

Es de Vds. con la mayor consideración atenta s. s.
q. s. m. b.—LA SEMANA COMICA.

Tu madre tuvo dos hijas.
Tú, que *Inocencia* te llamas,
y luego tu hermana *Pura*.
¡Valiente par de metáforas!

Noticierismo cursi festivo.
Se trata de la crecida que días pasados experimentó el Manzanares.

Y dice *El Liberal*:

«En su subida habían influido también de modo directo los cambios que en su cauce se proyectaban, pues cuando los cambios con el extranjero alcanzan tan considerable altura, no es mucho que los suyos le eleven hasta los lavaderos de la Pradera del Corregidor, que es el punto á que han llegado sus aguas.»

Y efectivamente: ni se sabe qué tiene que ver lo uno con lo otro... ni se adivina por qué motivo noticia, de esta índole no están en el lugar que debieran.

¡En la sección de jeroglíficos!

Que si el presupuesto de Gracia y Justicia... que si la Comisión de Hacienda... que si el contingente del ejército... ¡Caramba! ¿Quieren Vds. hacer el favor de no hablar más de economías?

Porque buena es la liebre y exquisita y sabrosa como ella sola. ¡Pero siempre liebre, cansa!..

¡Y para venir luego á parar en que no nos la hemos de comer!..

¡Por supuesto, que ya verán Vds. como todo esto viene á parar en que me aumentan á mí la cuota trimestral.

Una vieja, el *pan nuestro*
de cada día
siempre á Dios, sin corteza
se lo pedir.
Y es que hay creyentes
fervorosos y humildes,
pero sin dientes.

Imp. «La Ilustración», á c. de Fidel Giró, Paseo de San Juar, núm. 168.—Barcelona.



—Y sobre todo que uno queda descensadísimo después de haber dejado un buen par en su sitio.

ANUNCIOS 4

LA SEMANA CÓMICA
PERIODICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Colaboran en él los mejores literatos
y los más celebrados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Barcelona.	Trimestre. 2'50 ptas.
Fuera.	Semestre. 5 »

NÚMERO CORRIENTE: 15 CÉNTIMOS
NÚMERO ATRASADO: DOBLE PRECIO

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Vertrallans, 3, principal.—Barcelona.

Despacho: todos los días laborables de 2 á 4 tarde.

UNICA ENCARGADA

de la venta y expendición de

LA SEMANA CÓMICA

en Bilbao.

D.ª TERESA IRLA

KIOSCO DE LA PLAZA NUEVA

BIBLIOTECA

— de —

LA SEMANA COMICA

Se publicará pronto y contendrá novelas, poemas, etc., de los más reputados autores.

En prensa el tomo primero, ilustrado por Gilla, Escaler, Pons y Mecachis.

PRECIO: 2 REALES TOMO